UNE ✦ SACRA

Santa Biblia

2 Macabeos

✦ ✦ ✦

Biblia libre para el mundo

Créditos

Idioma original	Griego antiguo
Versión	Biblia libre para el mundo
Edición	1.5
Traducción	No informado
Fuente	eBible.org — Biblia libre para el mundo
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Resumen de una obra de Jasón de Cirene sobre la misma revuelta, con un fuerte acento teológico: el martirio del anciano Eleazar y de los siete hermanos con su madre, la oración por los muertos y la esperanza en la resurrección.

Abarca un período más corto que el primer libro, hasta la victoria de Judas sobre Nicanor.

Forma parte de los deuterocanónicos, aceptados por católicos y ortodoxos; las iglesias protestantes lo cuentan entre los apócrifos.

Es uno de los textos bíblicos más claros sobre la resurrección de los muertos, y la oración de Judas por los soldados caídos (12:43–46) la usó la teología católica como base de la oración por los difuntos.

El martirio de la madre y los siete hijos inspiró la devoción a los mártires cristianos.

Fuente: https://ebible.org/details.php?id=spablm

Consulte la fuente indicada arriba para conocer los términos de uso de esta versión. El diseño de este archivo es de Une Sacra (CC BY-NC-SA 4.0); el texto sigue la licencia indicada arriba.

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados · UneSacra.com

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

CAPÍTULO 1

✦

1 Los hermanos, los judíos que están en Jerusalén y los que están en el país de Judea, envían saludos y buena paz a los hermanos, los judíos que están por todo Egipto.

2 Que Dios os haga bien, y recuerde su pacto con Abraham, Isaac y Jacob, sus fieles siervos,

3 y os dé a todos un corazón para adorarle y hacer su voluntad con un corazón fuerte y un alma dispuesta.

4 Que Dios abra vuestro corazón a su ley y a sus estatutos, y conceda la paz,

5 y escuche vuestras peticiones, y se reconcilie con vosotros, y no os desampare en el tiempo malo.

6 Y ahora estamos aquí orando por vosotros.

7 En el reinado de Demetrio, en el año ciento sesenta y nueve, nosotros los judíos ya os hemos escrito en el sufrimiento y en la angustia que nos ha sobrevenido en estos años, desde el tiempo en que Jasón y su compañía se rebelaron contra la tierra santa y el reino,

8 e incendiaron la puerta, y derramaron sangre inocente. Oramos al Señor, y fuimos escuchados. Ofrecimos sacrificios y ofrendas de flor de harina. Encendimos las lámparas. Expusimos los panes de la proposición.

9 Mirad ahora de guardar los días de la fiesta de los tabernáculos en el mes de Quisleu, en el año ciento ochenta y ocho.

10 El pueblo de Jerusalén y los que están en Judea, junto con el senado y Judas, a Aristóbulo, maestro del rey Ptolomeo, que es también del linaje de los sacerdotes ungidos, y a los judíos que están en Egipto, os enviamos saludos y salud.

11 Habiendo sido salvados por Dios de grandes peligros, como hombres que se enfrentan a un rey, le damos muchas gracias.

12 Porque él arrojó a Persia a los que lucharon contra nosotros en la ciudad santa.

13 Pues cuando el príncipe llegó allí, con un ejército que parecía irresistible, fueron despedazados en el templo de Nanea por la traición de los sacerdotes de Nanea.

14 Porque Antíoco, con el pretexto de casarse con ella, entró en el lugar, él y sus amigos que le acompañaban, para tomar una gran parte de los tesoros como dote.

15 Y cuando los sacerdotes del templo de Nanea hubieron expuesto los tesoros, y él hubo entrado allí con una pequeña compañía dentro del muro del recinto sagrado, cerraron el templo una vez que Antíoco hubo entrado.

16 Abriendo la puerta secreta del techo artesonado, arrojaron piedras y abatieron al príncipe. Lo despedazaron a él y a su compañía, les cortaron las cabezas y las arrojaron a la gente que estaba afuera.

17 Bendito sea nuestro Dios en todas las cosas, que entregó a los que habían cometido impiedad.

18 Puesto que ahora estamos a punto de celebrar la purificación del templo
en el mes de Quisleu, el día veinticinco, nos pareció necesario notificároslo,
para que vosotros también celebréis una fiesta de los tabernáculos, y recor-
déis el fuego que fue dado cuando Nehemías ofreció sacrificios, después de
haber edificado tanto el templo como el altar.

19 Porque, en verdad, cuando nuestros padres estaban a punto de ser lleva-
dos a la tierra de Persia, los sacerdotes piadosos de aquel tiempo tomaron
parte del fuego del altar, y lo escondieron en secreto en el hueco de un
pozo que estaba sin agua, donde se aseguraron de que el lugar fuera desco-
nocido para todos.

20 Y pasados muchos años, cuando agradó a Dios, Nehemías, habiendo re-
cibido un encargo del rey de Persia, envió en busca del fuego a los descen-
dientes de los sacerdotes que lo habían escondido. Cuando nos declararon
que no habían encontrado fuego, sino un líquido espeso,

21 él les ordenó que sacaran un poco y se lo llevaran. Una vez que se hubie-
ron ofrecido los sacrificios, Nehemías ordenó a los sacerdotes que rociaran
con aquel líquido tanto la leña como las cosas puestas sobre ella.

22 Cuando esto se hizo y hubo pasado algún tiempo, y el sol brilló, el cual
antes estaba oculto por las nubes, se encendió una gran llama, de modo
que todos se maravillaron.

23 Los sacerdotes hicieron una oración mientras se consumía el sacrificio,
tanto los sacerdotes como todos los demás. Jonatán dirigía y los demás res-
pondían, como hizo Nehemías.

24 La oración fue de esta manera: «Oh Señor, Señor Dios, Creador de todas
las cosas, que eres temible, fuerte, justo y misericordioso, que solo tú eres
Rey y clemente,

25 que solo tú suples toda necesidad, que solo tú eres justo, todopoderoso y
eterno, tú que salvas a Israel de todo mal, que elegiste a los padres y los
santificaste,

26 acepta el sacrificio por todo tu pueblo Israel, preserva tu propia porción
y conságrala.

27 Reúne a nuestro pueblo disperso, pon en libertad a los que están en es-
clavitud entre los paganos, mira a los que son despreciados y aborrecidos, y
que los paganos sepan que tú eres nuestro Dios.

28 Castiga a los que nos oprimen y con arrogancia nos tratan
vergonzosamente.

29 Planta a tu pueblo en tu lugar santo, tal como lo dijo Moisés».

30 Entonces los sacerdotes cantaron los himnos.

31 Tan pronto como el sacrificio fue consumido, Nehemías ordenó que el
resto del líquido fuera derramado sobre piedras grandes.

32 Al hacer esto, se encendió una llama; pero cuando la luz del altar res-
plandeció de nuevo, se apagó.

33 Cuando el asunto se dio a conocer, y se le dijo al rey de los persas que, en
el lugar donde los sacerdotes que fueron llevados cautivos habían escon-
dido el fuego, apareció el líquido con el cual Nehemías y los que estaban
con él purificaron el sacrificio,

34 entonces el rey cercó el lugar y lo hizo sagrado después de haber investigado el asunto.

35 Y cuando el rey quería mostrar favor a alguno, intercambiaba muchos regalos y les daba un poco de este líquido.

36 Nehemías y los que estaban con él llamaron a esta cosa «Neftar», que por interpretación es «Purificación»; pero la mayoría de los hombres lo llaman Neftai.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 2

✦

1 También se halla en los registros que el profeta Jeremías ordenó a los que eran llevados cautivos que tomaran del fuego, como se ha mencionado,

2 y cómo el profeta encargó a los que eran llevados cautivos, habiéndoles dado la ley, que no olvidaran los estatutos del Señor ni se extraviaran en sus mentes al ver imágenes de oro y plata, y su ornamento.

3 Con otras palabras similares los exhortó a que la ley no se apartara de sus corazones.

4 Estaba en el escrito que el profeta, siendo advertido por Dios, ordenó que el tabernáculo y el arca le acompañaran, cuando salió al monte donde Moisés había subido y visto la heredad de Dios.

5 Jeremías llegó y halló una cueva, introdujo allí el tabernáculo, el arca y el altar del incienso; luego selló la entrada.

6 Algunos de los que le seguían se acercaron para marcar el camino, y no pudieron encontrarlo.

7 Pero cuando Jeremías se enteró de ello, los reprendió, diciendo: "El lugar será desconocido hasta que Dios reúna de nuevo al pueblo y le muestre misericordia.

8 Entonces el Señor revelará estas cosas, y la gloria del Señor será vista con la nube, como también se le mostró a Moisés, y como también Salomón imploró que el lugar fuera grandemente consagrado,

9 y también se declaró que él, teniendo sabiduría, ofreció un sacrificio de dedicación y de la terminación del templo.

10 Así como Moisés oró al Señor y descendió fuego del cielo y consumió el sacrificio, así también Salomón oró, y el fuego descendió y consumió los holocaustos.

11 Moisés dijo: 'Por no haber sido comida la ofrenda por el pecado, fue consumida de igual manera'.

12 Asimismo, Salomón guardó los ocho días".

13 Las mismas cosas se relataron tanto en los archivos públicos como en los registros de Nehemías, y también cómo él, fundando una biblioteca, reunió los libros sobre los reyes y los profetas, los escritos de David, y las cartas de los reyes sobre las ofrendas sagradas.

14 De igual manera, Judas también reunió para nosotros todos aquellos libros que habían sido dispersados a causa de la guerra, y aún están con nosotros.

15 Si, por tanto, tenéis necesidad de ellos, enviad a algunos para que os los lleven.

16 Viendo entonces que estamos a punto de celebrar la purificación, os escribimos. Haréis bien, por tanto, si celebráis los días.

17 Ahora bien, Dios, que salvó a todo su pueblo y restauró la heredad a todos, junto con el reino, el sacerdocio y la consagración,

18 tal como lo prometió a través de la ley; en Dios tenemos esperanza de que pronto tendrá misericordia de nosotros, y nos reunirá de todas partes debajo del cielo en su lugar santo; porque él nos libró de grandes males y

purificó el lugar. ————————

19 Ahora bien, las cosas concernientes a Judas Macabeo y sus hermanos, la purificación del grandioso templo, la dedicación del altar,

20 y además las guerras contra Antíoco Epífanes y Eupátor su hijo,

21 y las manifestaciones que vinieron del cielo a los que lucharon por la religión de los judíos con proezas valerosas; de modo que, siendo solo unos pocos, se apoderaron de todo el país, persiguieron a las multitudes bárbaras,

22 recuperaron de nuevo el templo renombrado en todo el mundo, liberaron la ciudad y restauraron las leyes que estaban a punto de ser derrocadas, viendo que el Señor se mostró clemente con ellos con toda bondad.

23 Estas cosas que han sido declaradas por Jasón de Cirene en cinco libros, intentaremos resumirlas en un solo libro.

24 Porque, teniendo a la vista la masa confusa de los números y la dificultad que aguarda a los que desean adentrarse en las narraciones de la historia, en razón de la abundancia del material,

25 tuvimos cuidado de que los que decidan leer puedan sentirse atraídos, y que a los que nos desean el bien les resulte fácil de recordar, y que todos los lectores se beneficien.

26 Aunque para nosotros, que hemos tomado sobre nuestros hombros la penosa labor del resumen, la tarea no es fácil, sino asunto de sudor y desvelos,

27 así como no es cosa ligera para el que prepara un banquete y busca el provecho de los demás. Sin embargo, por la gratitud de muchos, soportaremos con gusto la penosa labor,

28 dejando al historiador el tratamiento exacto de cada particularidad, y nuevamente sin tener fuerzas para llenar los contornos de nuestro resumen.

29 Porque así como el maestro de obras de una casa nueva debe cuidar de toda la estructura, y aquel que se encarga de decorarla y pintarla debe buscar las cosas adecuadas para su adorno; así también creo que sucede con nosotros.

30 Ocupar el terreno, entregarse a largas discusiones y ser curioso en los detalles, es propio del autor original de la historia;

31 pero esforzarse por la brevedad de expresión, y evitar una plenitud laboriosa en el tratamiento, se le debe conceder al que desea llevar un escrito a una nueva forma.

32 Comencemos aquí entonces la narración, añadiendo solamente esto a lo que ya se ha dicho; porque es cosa necia hacer un largo prólogo a la historia, y luego resumir la historia misma.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 3

✦

1 Cuando la ciudad santa estaba habitada con paz ininterrumpida y las leyes se guardaban muy bien a causa de la piedad de Onías el sumo sacerdote y de su odio a la maldad,

2 aconteció que incluso los mismos reyes honraban el lugar y glorificaban el templo con los más nobles presentes,

3 de modo que hasta el rey Seleuco de Asia costeaba todos los gastos pertenecientes a los servicios de los sacrificios de sus propios ingresos.

4 Pero un hombre llamado Simón, de la tribu de Benjamín, habiendo sido constituido guardián del templo, tuvo un altercado con el sumo sacerdote sobre la administración del mercado en la ciudad.

5 Al no poder vencer a Onías, acudió a Apolonio de Tarso, que en aquel tiempo era gobernador de Celesiria y Fenicia.

6 Y le trajo la noticia de que el tesoro en Jerusalén estaba lleno de sumas incalculables de dinero, de manera que la multitud de los fondos era innumerable, y que no pertenecían a la cuenta de los sacrificios, sino que era posible que cayeran bajo el poder del rey.

7 Cuando Apolonio se reunió con el rey, le informó del dinero del que se le había hablado. Entonces el rey designó a Heliodoro, que era su canciller, y lo envió con la orden de llevar a cabo la confiscación del dinero reportado.

8 Así que Heliodoro emprendió su viaje de inmediato, ostensiblemente para visitar las ciudades de Celesiria y Fenicia, pero en realidad para ejecutar el propósito del rey.

9 Cuando llegó a Jerusalén y fue cortésmente recibido por el sumo sacerdote de la ciudad, le comunicó la información que se le había dado y le declaró a qué había venido; y le preguntó si en verdad estas cosas eran así.

10 El sumo sacerdote le explicó que en el tesoro había depósitos de viudas y huérfanos,

11 y además algún dinero perteneciente a Hircano, hijo de Tobías, un hombre de muy alta posición, y no como aquel impío Simón alegaba falsamente; y que en total había cuatrocientos talentos de plata y doscientos de oro,

12 y que era del todo imposible que se hiciera daño a los que habían puesto su confianza en la santidad del lugar, y en la majestad y la inviolable santidad del templo, honrado en todo el mundo.

13 Pero Heliodoro, en virtud de la orden que le había dado el rey, dijo que en cualquier caso este dinero debía ser confiscado para el tesoro real.

14 Así que, habiendo señalado un día, entró para dirigir la investigación acerca de estos asuntos; y no hubo poca angustia por toda la ciudad.

15 Los sacerdotes, postrándose ante el altar con sus vestiduras sacerdotales, clamaron hacia el cielo a aquel que dio la ley sobre los depósitos, para que preservara a salvo estos tesoros para quienes los habían depositado.

16 Cualquiera que veía el semblante del sumo sacerdote se sentía herido en su mente; porque su rostro y el cambio de su color delataban la angustia de su alma.

17 Porque un terror y un temblor corporal se habían apoderado del hombre, por lo cual el dolor que había en su corazón se mostraba claramente a los que le miraban.

18 Los que estaban en las casas salieron en multitudes para hacer una súplica universal, porque el lugar estaba a punto de caer en deshonra.

19 Las mujeres, ceñidas con cilicio debajo de sus pechos, atestaban las calles. Las vírgenes que estaban guardadas en casa corrieron juntas, unas a las puertas, otras a los muros, y algunas miraban por las ventanas.

20 Todas, extendiendo sus manos hacia el cielo, hacían su solemne súplica.

21 Daba lástima entonces ver a la multitud postrándose toda mezclada, y la ansiedad del sumo sacerdote en su gran angustia.

22 Mientras ellos, por tanto, clamaban al Señor Todopoderoso para que guardara las cosas que se les habían confiado a salvo y seguras para los que las habían depositado,

23 Heliodoro siguió adelante para ejecutar lo que se había decretado.

24 Pero cuando ya estaba allí presente con sus guardias cerca del tesoro, el Soberano de los espíritus y de toda autoridad provocó una gran manifestación, de modo que todos los que habían presumido de venir con él, heridos de consternación por el poder de Dios, desfallecieron de terror.

25 Porque vieron a un caballo con un jinete temible, adornado con hermosos arreos, y se abalanzó ferozmente y golpeó a Heliodoro con sus patas delanteras. Parecía que el que estaba sentado en el caballo llevaba una armadura completa de oro.

26 También se le aparecieron otros dos jóvenes, notables por su fuerza, hermosos en su gloria y espléndidos en su atuendo, los cuales se pararon junto a él a cada lado, y lo azotaron incesantemente, infligiéndole muchos y dolorosos azotes.

27 Al caer repentinamente al suelo, y venir sobre él una gran oscuridad, sus guardias lo recogieron y lo pusieron en una camilla,

28 y se lo llevaron; a este hombre que acababa de entrar con un gran séquito y toda su guardia en el mencionado tesoro, y que ahora había quedado en la más absoluta impotencia, obligado manifiestamente a reconocer la soberanía de Dios.

29 Así que, mientras él, por la obra de Dios, mudo y desprovisto de toda esperanza y liberación, yacía postrado,

30 ellos bendecían al Señor que había actuado maravillosamente por su propio lugar. El templo, que poco antes estaba lleno de terror y alarma, se llenó de gozo y alegría después de la aparición del Señor Todopoderoso.

31 Pero rápidamente algunos de los amigos íntimos de Heliodoro imploraron a Onías que invocara al Altísimo para que concediera la vida al que yacía a punto de dar su último suspiro.

32 El sumo sacerdote, temiendo en secreto que el rey llegara a pensar que los judíos habían perpetrado alguna traición contra Heliodoro, ofreció un sacrificio por la recuperación del hombre.

33 Pero mientras el sumo sacerdote ofrecía el sacrificio expiatorio, los mismos jóvenes se aparecieron de nuevo a Heliodoro, vestidos con las mismas ropas. Se pusieron de pie y dijeron: «Da muchas gracias a Onías, el sumo sacerdote, porque por causa suya el Señor te ha concedido la vida.

34 Mira tú que, puesto que has sido azotado desde el cielo, proclames a todos los hombres la majestad soberana de Dios». Cuando hubieron dicho estas palabras, desaparecieron de su vista.

35 Así que Heliodoro, habiendo ofrecido un sacrificio al Señor y hecho grandes votos al que le había salvado la vida, y habiéndose despedido de Onías, regresó con su ejército adonde estaba el rey.

36 Y dio testimonio a todos los hombres de las obras del Dios altísimo, las cuales había visto con sus propios ojos.

37 Cuando el rey le preguntó a Heliodoro qué clase de hombre era el adecuado para ser enviado una vez más a Jerusalén, él respondió:

38 «Si tienes a algún enemigo o conspirador contra el Estado, envíalo allí, y lo recibirás de vuelta bien azotado, si es que escapa con vida; porque verdaderamente hay cierto poder de Dios en aquel lugar.

39 Porque aquel que tiene su morada en el cielo tiene puestos sus ojos en ese lugar y lo protege. A los que van para hacerle daño, él los hiere y los destruye».

40 Esta fue la historia de Heliodoro y de la custodia del tesoro.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 4

✦

1 El antes mencionado Simón, que había dado la información sobre el dinero en contra de su propio país, calumnió a Onías, diciendo que era él quien había incitado a Heliodoro y había sido la verdadera causa de estos males.

2 Se atrevió a llamar conspirador contra el Estado a quien en realidad era el benefactor de la ciudad, el guardián de sus compatriotas y un celoso defensor de las leyes.

3 Cuando su odio creció tanto que incluso se perpetraron asesinatos a través de uno de los agentes aprobados de Simón,

4 Onías, viendo el peligro de la contienda, y que Apolonio, hijo de Menesteo, gobernador de Celesiria y Fenicia, estaba aumentando la malicia de Simón,

5 apeló al rey, no para ser acusador de sus conciudadanos, sino buscando el bien de todo el pueblo, tanto en público como en privado;

6 porque veía que sin la intervención del rey era imposible que el Estado volviera a obtener la paz, y que Simón no cesaría en su locura.

7 Cuando Seleuco falleció, y Antíoco, llamado Epífanes, le sucedió en el reino, Jasón, hermano de Onías, suplantó a su hermano en el sumo sacerdocio,

8 habiendo prometido al rey, en una audiencia, trescientos sesenta talentos de plata, y de otro fondo ochenta talentos.

9 Además de esto, se comprometió a entregar otros ciento cincuenta, si se le permitía por medio de la autoridad del rey establecer un gimnasio y un cuerpo de jóvenes para ser entrenados en él, y registrar a los habitantes de Jerusalén como ciudadanos de Antioquía.

10 Cuando el rey asintió y Jasón tomó posesión del cargo, de inmediato hizo pasar a los de su propio linaje a la forma de vida griega.

11 Dejando de lado las ordenanzas reales de favor especial hacia los judíos, obtenidas por mediación de Juan, padre de Eupólemo, quien fue en misión a los romanos para establecer amistad y alianza, y buscando derrocar las formas de vida lícitas, introdujo nuevas costumbres prohibidas por la ley.

12 Porque con entusiasmo estableció un gimnasio justo debajo de la ciudadela, e hizo que los más nobles de los jóvenes llevaran el sombrero griego.

13 Así se llegó a un extremo de helenización y a un avance de una religión extranjera, a causa de la extrema profanación de Jasón, que era un hombre impío y no un sumo sacerdote;

14 de modo que los sacerdotes ya no tenían celo alguno por los servicios del altar; sino que, menospreciando el santuario y descuidando los sacrificios, se apresuraban a disfrutar de lo que se proveía ilícitamente en la arena de lucha, tras la convocatoria para el lanzamiento de disco.

15 Despreciaban los honores de sus padres y valoraban el prestigio de los griegos por encima de todo.

16 Por esta razón, les sobrevino una severa calamidad. Los hombres cuyas formas de vida seguían ardientemente, y a quienes deseaban asemejarse en todas las cosas, estos mismos se convirtieron en sus enemigos y los castigaron.

17 Porque no es cosa ligera mostrar irreverencia a las leyes de Dios, sino que los acontecimientos posteriores lo dejarán en claro.

18 Ahora bien, cuando se celebraban en Tiro ciertos juegos que tenían lugar cada cinco años, y estando el rey presente,

19 el vil Jasón envió a enviados sagrados, como si fuesen antioquenos de Jerusalén, llevando trescientas dracmas de plata para el sacrificio a Hércules, las cuales incluso sus portadores pensaron que no era correcto usarlas para ningún sacrificio, porque no era conveniente, sino que debían gastarse para otro propósito.

20 Aunque el propósito previsto del remitente para este dinero era el sacrificio a Hércules, sin embargo, debido a las circunstancias presentes, se destinó a la construcción de galeras trirremes.

21 Y cuando Apolonio, hijo de Menesteo, fue enviado a Egipto para la entronización de Filométor como rey, Antíoco, enterándose de que Filométor se había mostrado hostil hacia el gobierno, tomó precauciones para la seguridad de su reino. Por lo tanto, yendo a Jope, continuó su viaje hacia Jerusalén.

22 Siendo recibido magníficamente por Jasón y por la ciudad, fue introducido con antorchas y aclamaciones. Luego condujo a su ejército hacia Fenicia.

23 Pasados tres años, Jasón envió a Menelao, hermano del antes mencionado Simón, para que llevara el dinero al rey y le presentara informes sobre ciertos asuntos necesarios.

24 Pero él, al ser presentado ante el rey y habiendo sido ensalzado por la exhibición de su autoridad, se aseguró el sumo sacerdocio para sí mismo, superando la oferta de Jasón en trescientos talentos de plata.

25 Tras recibir los mandatos reales, regresó sin traer nada digno del sumo sacerdocio, sino poseyendo la pasión de un tirano cruel y la furia de una bestia salvaje.

26 Así Jasón, que había suplantado a su propio hermano, fue suplantado por otro y conducido como fugitivo al país de los amonitas.

27 Menelao tomó posesión del cargo, pero no se pagaba regularmente nada del dinero que se había prometido al rey, a pesar de que Sóstrato, el gobernador de la ciudadela, lo exigía

28 —pues su trabajo era la recaudación de los ingresos—, por lo que ambos fueron llamados por el rey a su presencia.

29 Menelao dejó a su propio hermano, Lisímaco, como su lugarteniente en el sumo sacerdocio; y Sóstrato dejó a Crates, que estaba sobre los chipriotas.

30 Estando así las cosas, aconteció que el pueblo de Tarso y de Malos se rebeló porque iban a ser entregados como regalo a Antioquis, la concubina del rey.

31 El rey, por tanto, acudió rápidamente a solucionar los asuntos, dejando como su lugarteniente a Andrónico, un hombre de alto rango.

32 Entonces Menelao, suponiendo que había encontrado una oportunidad favorable, le regaló a Andrónico ciertos vasos de oro pertenecientes al templo, que él había robado. Ya había vendido otros en Tiro y en las ciudades vecinas.

33 Cuando Onías tuvo conocimiento certero de esto, lo reprendió duramente, habiéndose retirado a un santuario en Dafne, que se encuentra junto a Antioquía.

34 Por ello, Menelao tomó aparte a Andrónico y le pidió que matara a Onías. Acudiendo a Onías, y habiendo sido persuadido a usar la traición, y siendo recibido como amigo, Andrónico le dio la diestra con juramentos y, aunque Onías sospechaba, lo persuadió de salir del santuario. Luego, sin respeto alguno por la justicia, de inmediato le dio muerte.

35 Por esta razón, no solo los judíos, sino también muchos de las otras naciones, se indignaron y se disgustaron por el injusto asesinato de este hombre.

36 Y cuando el rey regresó de los lugares de Cilicia, los judíos que estaban en la ciudad apelaron a él contra Andrónico (uniéndose también a ellos los griegos en su odio por tal maldad), urgiendo que Onías había sido asesinado injustamente.

37 Antíoco, por tanto, se apenó profundamente, se conmovió y lloró, a causa de la vida sobria y ordenada del difunto.

38 Inflamado de ira, despojó inmediatamente a Andrónico de su manto de púrpura y le arrancó las vestiduras interiores, y tras haberle hecho pasear por toda la ciudad hasta el mismo lugar donde había cometido el ultraje

contra Onías, allí mismo quitó de en medio al asesino, rindiéndole el Señor el castigo que se había merecido.

39 Ahora bien, cuando se hubieron cometido muchos sacrilegios en la ciudad por parte de Lisímaco, con el consentimiento de Menelao, y cuando el informe de ello se esparció en el exterior, el pueblo se reunió contra Lisímaco, después de que ya se habían robado muchos vasos de oro.

40 Al levantarse las multitudes contra él y estando llenas de ira, Lisímaco armó a unos tres mil hombres, y con injusta violencia comenzó el ataque bajo la dirección de Haurán, un hombre muy entrado en años y no menos en locura.

41 Pero al percibir el asalto de Lisímaco, unos recogieron piedras, otros leños de madera, y otros tomaron puñados de las cenizas que había cerca, y lo arrojaron todo en salvaje confusión contra Lisímaco y los que estaban con él.

42 Como resultado, hirieron a muchos de ellos, mataron a algunos, y obligaron al resto a huir, pero al mismo autor del sacrilegio lo mataron junto al tesoro.

43 Acerca de estos asuntos, se presentó una acusación contra Menelao.

44 Cuando el rey llegó a Tiro, los tres hombres enviados por el senado defendieron la causa ante él.

45 Pero Menelao, viéndose ya derrotado, prometió mucho dinero a Ptolomeo, hijo de Dorímenes, para que se ganara el favor del rey.

46 Por tanto, Ptolomeo, llevando al rey aparte a un claustro, como para tomar un poco de aire fresco, lo convenció de cambiar de opinión.

47 Al causante de todo el mal, Menelao, lo absolvió de las acusaciones; pero
a estos hombres desventurados, que, de haber abogado incluso ante los es-
citas, habrían sido absueltos sin condena, los sentenció a muerte.

48 Los que habían sido portavoces de la ciudad, de las familias de Israel y
de los vasos sagrados, pronto sufrieron aquel injusto castigo.

49 Por ello, incluso ciertos tirios, movidos por el odio a tal maldad, proveye-
ron magníficamente para su sepultura.

50 Pero Menelao, mediante los tratos codiciosos de los que estaban en el
poder, permaneció aún en su cargo, creciendo en maldad, erigido como un
gran conspirador contra sus conciudadanos.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 5

1 Por este tiempo, Antíoco emprendió su segunda invasión a Egipto.

2 Sucedió que por toda la ciudad, durante casi cuarenta días, aparecieron en medio del cielo jinetes en rápido movimiento, vestidos con túnicas tejidas en oro y portando lanzas, equipados con tropas para la batalla:

3 desenvainando espadas, escuadrones de caballería en formación, encuentros y persecuciones de ambos ejércitos, escudos agitándose, multitudes de lanzas, lanzamiento de proyectiles, el destello de los arreos dorados, y poniéndose todo tipo de armaduras.

4 Por tanto, todos oraban para que aquella manifestación hubiera sido dada para bien.

5 Al surgir el falso rumor de que Antíoco había muerto, Jasón tomó no menos de mil hombres y, de repente, lanzó un asalto contra la ciudad. Al ser derrotados los que estaban en el muro, y estando la ciudad ya casi tomada, Menelao se refugió en la ciudadela.

6 Pero Jasón masacró a sus propios conciudadanos sin piedad, sin considerar que el éxito contra los de su propia sangre es la mayor desgracia, sino suponiendo que erigía trofeos sobre enemigos, y no sobre sus propios compatriotas.

7 No logró hacerse con el control del gobierno, sino que, cosechando vergüenza como resultado de su conspiración, huyó de nuevo como fugitivo al país de los amonitas.

8 Al final, por tanto, tuvo un final miserable. Habiendo sido encarcelado en la corte de Aretas, príncipe de los árabes, huyendo de ciudad en ciudad, perseguido por todos, odiado como rebelde contra las leyes, y aborrecido como verdugo de su país y de sus conciudadanos, fue arrojado a las costas de Egipto.

9 El que había empujado a muchos de su propio país al exilio, pereció en el exilio, habiendo cruzado el mar hacia los lacedemonios, esperando encontrar refugio allí por ser parientes cercanos.

10 Y el que había arrojado a una multitud sin sepultura, no tuvo a nadie que lo llorara. No tuvo funeral alguno ni lugar en el sepulcro de sus padres.

11 Cuando le llegaron al rey las noticias de lo sucedido, pensó que Judea se había rebelado. Así que, partiendo de Egipto enfurecido, tomó la ciudad por la fuerza de las armas,

12 y ordenó a sus soldados que masacraran sin piedad a los que se interpusieran en su camino, y que mataran a los que se ocultaran en sus casas.

13 Hubo entonces matanza de jóvenes y ancianos, destrucción de muchachos, mujeres y niños, y asesinato de vírgenes y recién nacidos.

14 En un total de tres días, ochenta mil fueron destruidos, de los cuales cuarenta mil cayeron en combate cuerpo a cuerpo, y no menos fueron vendidos como esclavos que los que fueron asesinados.

15 No contento con esto, se atrevió a entrar en el templo más santo de toda la tierra, llevando a Menelao por guía (quien se había revelado como un traidor tanto a las leyes como a su país),

16 tomando incluso los vasos sagrados con sus manos contaminadas, y arrancando con sus manos profanas las ofrendas que habían sido dedicadas por otros reyes para realzar la gloria y el honor del lugar.

17 El corazón de Antíoco se enalteció, sin darse cuenta de que a causa de los pecados de los habitantes de la ciudad el Señor Soberano se había provocado a ira por un poco de tiempo, y por ello su mirada se había apartado del lugar.

18 Pero de no haber sido porque ellos ya estaban atados por muchos pecados, este hombre, al igual que Heliodoro (quien fue enviado por el rey Seleuco para inspeccionar el tesoro), tan pronto como se hubiera adelantado, habría sido azotado y hecho retroceder de su osadía.

19 Sin embargo, el Señor no eligió a la nación por causa del lugar, sino el lugar por causa de la nación.

20 Por tanto, también el lugar mismo, habiendo participado en las calamidades que le sucedieron a la nación, posteriormente participó en sus beneficios; y el lugar que fue desamparado en la ira del Todopoderoso, en la reconciliación del gran Soberano, fue restaurado de nuevo con toda su gloria.

21 En cuanto a Antíoco, después de haberse llevado del templo mil ochocientos talentos, se apresuró a ir a Antioquía, pensando en su arrogancia que podía navegar por tierra y caminar sobre el mar, porque su corazón se había enaltecido.

22 Además, dejó gobernadores para afligir al linaje: en Jerusalén, a Filipo, frigio de raza, y de carácter más bárbaro que quien lo puso allí;

23 y en Gerizim, a Andrónico; y además de estos, a Menelao, quien peor
que todos los demás, se ensalzó sobre sus conciudadanos. Teniendo una
mente maliciosa hacia los judíos a quienes había hecho sus conciudadanos,

24 envió a aquel señor de las profanaciones, Apolonio, con un ejército de
veintidós mil hombres, ordenándole matar a todos los adultos, y vender a
las mujeres y a los muchachos como esclavos.

25 Este llegó a Jerusalén y, fingiendo ser un hombre de paz, esperó hasta el
día santo del sábado. Y hallando a los judíos descansando del trabajo, or-
denó a sus hombres que desfilaran completamente armados.

26 Pasó a espada a todos los que salieron a ver el espectáculo. Corriendo
dentro de la ciudad con los hombres armados, mató a grandes multitudes.

27 Pero Judas, también llamado Macabeo, junto con otros nueve, se retiró,
y con su compañía se mantuvo con vida en las montañas como hacen las
fieras salvajes. Continuaron alimentándose de lo que crecía silvestre, para
no ser partícipes de la contaminación.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 6

✦

1 No mucho después de esto, el rey envió a un anciano de Atenas para obligar a los judíos a apartarse de las leyes de sus padres y a no vivir según las leyes de Dios,

2 y también para profanar el santuario en Jerusalén y llamarlo con el nombre de Zeus Olímpico, y llamar al santuario en Gerizim con el nombre de Zeus Protector de los extranjeros, tal como lo hacían los habitantes de aquel lugar.

3 La llegada de este mal fue dura y sumamente penosa.

4 Pues el templo se llenó de libertinaje y juergas por parte de los paganos, quienes se divertían con prostitutas, y tenían relaciones con mujeres dentro de los recintos sagrados, y además introducían cosas que no eran lícitas.

5 El altar se llenó de aquellas cosas abominables que habían sido prohibidas por las leyes.

6 Un hombre no podía guardar el sábado, ni observar las fiestas de sus antepasados, ni siquiera confesar que era judío.

7 El día del nacimiento del rey, cada mes, eran llevados con amarga coacción a comer de los sacrificios. Y cuando llegaba la fiesta de las Dionisias, se les obligaba a marchar en procesión en honor a Dioniso, llevando coronas de hiedra.

8 Por sugerencia de Ptolomeo, se promulgó un decreto a las ciudades griegas vecinas, para que observaran la misma conducta contra los judíos, y les hicieran comer de los sacrificios,

9 y que mataran a los que no decidieran pasarse a los ritos griegos. Así que la miseria presente estaba a la vista de todos.

10 Por ejemplo, dos mujeres fueron llevadas por haber circuncidado a sus hijos. A estas, después de haberlas paseado públicamente por la ciudad con los bebés colgados de sus pechos, las arrojaron de cabeza desde la muralla.

11 Otros que se habían reunido en las cuevas cercanas para guardar el séptimo día en secreto, fueron delatados a Filipo y quemados todos juntos, porque su piedad les impidió defenderse, por respeto al honor de aquel día tan solemne.

12 Ruego a los que lean este libro que no se desanimen por estas calamidades, sino que reconozcan que estos castigos no fueron para la destrucción, sino para la disciplina de nuestro linaje.

13 Pues en verdad es señal de gran bondad que a los que actúan impíamente no se les deje en paz por mucho tiempo, sino que pronto reciban su retribución.

14 Porque en el caso de las demás naciones, el Señor Soberano espera con paciencia para castigarlas hasta que hayan colmado la medida de sus pecados; pero no así con nosotros,

15 para no tener que vengarse de nosotros después, cuando hayamos llegado al colmo de nuestros pecados.

16 Por lo tanto, él nunca aparta de nosotros su misericordia; sino que, aunque castiga con la calamidad, no desampara a su propio pueblo.

17 Sin embargo, que esto que hemos dicho baste para recordaros; pero después de estas pocas palabras, debemos volver a la narración.

18 Eleazar, uno de los principales escribas, hombre ya muy entrado en años y de noble semblante, fue obligado a abrir la boca para comer carne de cerdo.

19 Pero él, acogiendo la muerte con honor antes que la vida con contaminación, avanzó por su propia voluntad hacia el instrumento de tortura, pero primero escupió la carne,

20 como deben acercarse aquellos que tienen la firme resolución de rechazar cosas que ni siquiera por el amor natural a la vida es lícito probar.

21 Pero los encargados de aquel banquete sacrificial prohibido tomaron al hombre aparte, por la antigua amistad que tenían con él, y le rogaron en privado que trajera carne provista por él mismo, de la que le era lícito usar, y que fingiera que comía de la carne del sacrificio, como lo había ordenado el rey;

22 para que haciendo esto pudiera librarse de la muerte, y así su antigua amistad con ellos le valiera un trato amable.

23 Pero él, habiendo tomado una noble resolución, digna de sus años, de la dignidad de su vejez y de las canas que había alcanzado con honor, y de su excelente educación desde niño, o más bien de las santas leyes ordenadas por Dios, declaró su mente en conformidad, pidiéndoles que lo enviaran rápidamente al Hades.

24 «Pues no es propio de nuestra edad fingir —dijo—, de modo que muchos de los jóvenes supongan que Eleazar, a sus noventa años, se ha pasado a una religión extranjera;

25 y así ellos, a causa de mi engaño, y por el bien de esta vida breve y momentánea, se extravíen por mi culpa, y yo manche y deshonre mi vejez.

26 Porque aunque por el momento me librara del castigo de los hombres, ya sea que viva o muera, no escaparía de las manos del Todopoderoso.

27 Por tanto, al desprenderme valientemente de mi vida ahora, me mostraré digno de mi vejez,

28 y dejaré un noble ejemplo a los jóvenes, para que mueran de buena gana y noblemente una muerte gloriosa por las venerables y santas leyes». Habiendo dicho estas palabras, fue inmediatamente al instrumento de tortura.

29 Y aquellos que poco antes le tenían buena voluntad, la cambiaron por mala voluntad, porque estas palabras suyas eran, según pensaban, pura locura,

30 y cuando estaba a punto de morir por los azotes, gimió en voz alta y dijo: «Para el Señor, que tiene el santo conocimiento, es manifiesto que, pudiendo haberme librado de la muerte, soporto en mi cuerpo severos dolores al ser azotado; pero en mi alma sufro estas cosas con gusto por mi temor a él».

31 Así murió también este hombre, dejando su muerte como un ejemplo de nobleza y un memorial de virtud, no solo para los jóvenes sino también para la gran mayoría de su nación.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 7

✦

1 Aconteció que siete hermanos y su madre fueron apresados por orden del rey y tratados vergonzosamente con azotes y cuerdas, para obligarlos a probar la abominable carne de cerdo.

2 Uno de ellos se hizo el portavoz y dijo: «¿Qué deseáis preguntar y aprender de nosotros? Pues estamos dispuestos a morir antes que quebrantar las leyes de nuestros antepasados».

3 El rey se enfureció y ordenó que se calentaran sartenes y calderos.

4 Cuando estos estuvieron inmediatamente calientes, dio órdenes de cortarle la lengua al que había sido su portavoz, arrancarle el cuero cabelludo y cortarle las extremidades, a la vista del resto de sus hermanos y de su madre.

5 Y cuando quedó completamente mutilado, el rey dio órdenes de llevarlo al fuego, aún con vida, y freírlo en la sartén. Y mientras el humo de la sartén se esparcía a lo lejos, ellos y su madre se exhortaban mutuamente a morir con nobleza, diciendo esto:

6 “El Señor Dios lo ve todo, y en verdad es movido a compasión por nosotros, como Moisés declaró en su cántico, que testifica contra el pueblo en sus caras, diciendo: ‘Y tendrá compasión de sus siervos’”.

7 Y cuando el primero hubo muerto de esta manera, llevaron al segundo a la burla; y le arrancaron la piel de la cabeza con el cabello y le preguntaron: «¿Comerás, antes de que tu cuerpo sea castigado miembro por

miembro?»

8 Pero él respondió en el idioma de sus antepasados y les dijo: «No». Por tanto, él también sufrió la siguiente tortura en turno, como lo había hecho el primero.

9 Cuando estaba dando su último suspiro, dijo: «Tú, miserable, nos quitas esta vida presente, pero el Rey del mundo nos resucitará a nosotros, que hemos muerto por sus leyes, a una renovación de vida eterna».

10 Después de él, el tercero fue víctima de sus burlas. Cuando se lo exigieron, sacó rápidamente la lengua y extendió las manos con valentía,

11 y noblemente dijo: «Del cielo recibí estos miembros. Por amor a sus leyes los desprecio. De él espero recibirlos de nuevo».

12 Como resultado, el propio rey y los que estaban con él se asombraron del ánimo del joven, porque consideraba los dolores como nada.

13 Cuando él también hubo muerto, maltrataron y torturaron al cuarto de la misma manera.

14 Estando cerca de la muerte dijo esto: «Es bueno morir a manos de los hombres y aguardar la esperanza dada por Dios, de que seremos resucitados por él. Pero en cuanto a ti, no tendrás resurrección a la vida».

15 A continuación, trajeron al quinto y lo trataron vergonzosamente.

16 Pero él miró hacia el rey y dijo: «Por cuanto tienes autoridad entre los hombres, aunque eres corruptible, haces lo que te place. Pero no pienses que nuestro linaje ha sido desamparado por Dios.

17 ¡Sigue con tus caminos, y verás cómo su majestad soberana te torturará a ti y a tu descendencia!»

18 Después de él trajeron al sexto. Cuando estaba a punto de morir, dijo: «No te engañes vanamente, pues nosotros sufrimos estas cosas por nuestras propias acciones, por haber pecado contra nuestro propio Dios. Cosas asombrosas han sucedido;

19 ¡pero no pienses que quedarás impune, habiendo intentado luchar contra Dios!»

20 Pero por encima de todo, la madre fue maravillosa y digna de honorable memoria; pues al ver perecer a siete hijos en el espacio de un solo día, soportó la visión con gran valor debido a su esperanza en el Señor.

21 Exhortó a cada uno de ellos en el idioma de sus padres, llena de un espíritu noble y avivando sus pensamientos de mujer con varonil valor, diciéndoles:

22 «No sé cómo llegasteis a mi seno. No fui yo quien os dio vuestro espíritu y vuestra vida. No fui yo quien ordenó los primeros elementos de cada uno de vosotros.

23 Por tanto el Creador del mundo, que formó el primer origen del hombre y concibió el primer origen de todas las cosas, en su misericordia os devolverá de nuevo tanto vuestro espíritu como vuestra vida, ya que ahora os despreciáis a vosotros mismos por amor a sus leyes».

24 Pero Antíoco, creyendo ser despreciado y sospechando de la voz que le reprochaba, mientras el más joven aún vivía, no solo le apeló con palabras, sino que también le prometió con juramentos que lo enriquecería y lo ele-

varía a gran honor si se apartaba de los caminos de sus antepasados, y que lo tomaría por su amigo y le confiaría asuntos públicos.

25 Pero como el joven no quiso escuchar de ninguna manera, el rey llamó a su madre y le rogó que aconsejara al muchacho para que se salvara.

26 Después de haberle insistido con muchas palabras, ella accedió a persuadir a su hijo.

27 Pero inclinándose hacia él, y riéndose con desprecio del cruel tirano, habló así en el idioma de sus padres: «Hijo mío, ten piedad de mí que te llevé nueve meses en mi seno, te amamanté tres años, te nutrí, te crié hasta esta edad y te sostuve.

28 Te ruego, hijo mío, que levantes tus ojos al cielo y a la tierra, y veas todas las cosas que hay en ellos, y así reconozcas que Dios no las hizo de cosas que ya existían, y que el linaje de los hombres llega a ser de esta misma manera.

29 No temas a este carnicero, sino que, demostrando ser digno de tus hermanos, acepta tu muerte, para que en la misericordia de Dios yo pueda recibirte de nuevo con tus hermanos».

30 Pero antes de que ella terminara de hablar, el joven dijo: «¿A qué esperáis todos? Yo no obedezco el mandamiento del rey, sino que escucho el mandamiento de la ley que fue dada a nuestros padres por medio de Moisés.

31 Pero tú, que has maquinado toda clase de males contra los hebreos, de ninguna manera escaparás de las manos de Dios.

32 Porque nosotros sufrimos a causa de nuestros propios pecados.

33 Y si para reprensión y disciplina nuestro Dios viviente se ha airado por un poco de tiempo, él volverá a reconciliarse con sus propios siervos.

34 Pero tú, oh hombre impío y el más vil de todos, no te enaltezcas vanamente en tu salvaje orgullo con esperanzas inciertas, alzando tu mano contra los hijos del cielo.

35 Pues aún no has escapado del juicio del Dios Todopoderoso que todo lo ve.

36 Porque estos hermanos nuestros, habiendo soportado un breve dolor que trae vida eterna, ahora han muerto bajo el pacto de Dios. Pero tú, por el justo juicio de Dios, recibirás en su justa medida las penas de tu arrogancia.

37 Pero yo, al igual que mis hermanos, entrego tanto el cuerpo como el alma por las leyes de nuestros padres, invocando a Dios para que pronto se muestre clemente con la nación, y para que tú, en medio de pruebas y plagas, confieses que solo él es Dios,

38 y que en mí y en mis hermanos tú puedas llevar a su fin la ira del Todopoderoso que ha recaído justamente sobre todo nuestro linaje».

39 Pero el rey, cayendo en cólera, lo trató peor que a todos los demás, estando exasperado por sus burlas.

40 Así murió también él puro, poniendo toda su confianza en el Señor.

41 Por último, después de sus hijos, murió la madre.

42 Baste entonces lo dicho acerca de los banquetes sacrificiales y las extremas torturas.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 8

✦

1 Pero Judas, que también es llamado Macabeo, y los que estaban con él, abriéndose camino en secreto por las aldeas, convocaron a sus parientes. Alistando a los que habían perseverado en la religión de los judíos, reunieron a unos seis mil hombres.

2 Clamaron al Señor para que mirara al pueblo que era oprimido por todos, y para que tuviera compasión del santuario que había sido profanado por los hombres impíos,

3 y para que se apiadara de la ciudad que sufría ruina y estaba a punto de ser arrasada hasta los cimientos, y para que escuchara la sangre que clamaba a él,

4 y para que recordara la inicua destrucción de los niños inocentes, y las blasfemias que se habían cometido contra su nombre, y para que mostrara su odio a la maldad.

5 Cuando el Macabeo hubo adiestrado a sus hombres para el servicio, los paganos lo encontraron enseguida irresistible, porque la ira del Señor se había transformado en misericordia.

6 Apareciendo sin previo aviso, prendía fuego a ciudades y aldeas. Y recuperando las posiciones más importantes, poniendo en fuga a un número no pequeño de enemigos,

7 aprovechaba especialmente las noches para tales asaltos. Su valor resonaba en todas partes.

8 Pero cuando Filipo vio que el hombre ganaba terreno poco a poco, y que aumentaba más y más en sus éxitos, escribió a Ptolomeo, el gobernador de Celesiria y Fenicia, para que apoyara la causa del rey.

9 Ptolomeo nombró rápidamente a Nicanor, hijo de Patroclo, uno de los amigos principales del rey, y lo envió, al mando de no menos de veinte mil hombres de todas las naciones, para destruir a toda la raza de Judea. A él se unió también Gorgias, un capitán que tenía experiencia en asuntos de guerra.

10 Nicanor resolvió que, mediante la venta de los judíos cautivos, reuniría para el rey el tributo de dos mil talentos que debía pagar a los romanos.

11 Inmediatamente envió emisarios a las ciudades de la costa, invitándolas a comprar esclavos judíos, prometiendo entregar setenta esclavos por un talento, sin esperar el juicio que le sobrevendría de parte del Todopoderoso.

12 Llegaron noticias a Judas acerca de la invasión de Nicanor. Cuando comunicó a los que estaban con él la presencia del ejército,

13 aquellos que eran cobardes y desconfiaban del juicio de Dios huyeron y abandonaron el país.

14 Otros vendieron todo lo que les quedaba, y al mismo tiempo imploraron al Señor que librara a los que habían sido vendidos como esclavos por el impío Nicanor antes de que se enfrentaran a él,

15 si no por amor a ellos mismos, sí por los pactos hechos con sus antepasados, y porque él los había llamado por su santo y glorioso nombre.

16 Así que el Macabeo reunió a sus hombres, seis mil en número, y los exhortó a no dejarse atemorizar por el enemigo, ni a temer a la gran multitud de los paganos que venían injustamente contra ellos, sino a luchar con nobleza,

17 poniendo ante sus ojos el ultraje que inicuamente se había perpetrado sobre el lugar santo, y la tortura de la ciudad que había sido objeto de burla, y además la destrucción del modo de vida recibido de sus antepasados.

18 «Porque ellos —dijo— confían en sus armas y proezas, pero nosotros confiamos en el Dios todopoderoso, ya que él es capaz, con un solo movimiento de cabeza, de abatir a los que vienen contra nosotros, e incluso al mundo entero».

19 Además, les relató la ayuda que se les dio de tiempo en tiempo en los días de sus antepasados, tanto en los días de Senaquerib, cuando perecieron ciento ochenta y cinco mil,

20 como en la tierra de Babilonia, en la batalla que se libró contra los galos, cómo llegaron a la batalla siendo ocho mil en total, junto con cuatro mil macedonios, y cómo, estando los macedonios en aprietos, los seis mil destruyeron a los ciento veinte mil gracias a la ayuda que tuvieron del cielo, y tomaron un gran botín.

21 Y cuando con estas palabras los hubo llenado de valor y dispuesto a morir por las leyes y por su país, dividió su ejército en cuatro partes.

22 Nombró a sus hermanos, Simón, José y Jonatán, para ser líderes de las divisiones junto con él, dando a cada uno el mando de mil quinientos hombres.

23 Además, Eleazar, habiendo leído en voz alta el libro sagrado, y habiendo dado como santo y seña: «LA AYUDA DE DIOS», él mismo dirigió la primera banda y trabó batalla con Nicanor.

24 Como el Todopoderoso luchaba de su lado, mataron a más de nueve mil enemigos, e hirieron y lisiaron a la mayor parte del ejército de Nicanor, y los obligaron a todos a huir.

25 Tomaron el dinero de aquellos que habían venido para comprarlos como esclavos. Después de haberlos perseguido por cierta distancia, regresaron, al verse limitados por la hora del día;

26 pues era la víspera del sábado, y por esta razón no se esforzaron por perseguirlos lejos.

27 Cuando hubieron reunido las armas del enemigo, y los hubieron despojado, guardaron el sábado, bendiciendo y dando muchas gracias al Señor que los había salvado hasta este día, porque había comenzado a mostrarles misericordia.

28 Después del sábado, cuando hubieron dado parte de los despojos a los mutilados, y a las viudas y huérfanos, repartieron el resto entre ellos mismos y sus hijos.

29 Cuando hubieron cumplido estas cosas e hicieron una súplica en común, imploraron al Señor misericordioso que se reconciliara del todo con sus siervos.

30 Habiendo tenido un encuentro con las fuerzas de Timoteo y Báquides, mataron a más de veinte mil de ellos, se adueñaron de fortalezas altísimas y repartieron un botín muy grande, dando a los mutilados, huérfanos, viu-

das y ancianos una porción igual a la de ellos mismos.

31 Cuando hubieron reunido las armas del enemigo, las almacenaron cuidadosamente en las posiciones más estratégicas, y llevaron el resto de los despojos a Jerusalén.

32 Mataron al filarca de las fuerzas de Timoteo, un hombre muy impío, y que había causado mucho daño a los judíos.

33 Mientras celebraban la fiesta de la victoria en la ciudad de sus padres, quemaron a los que habían prendido fuego a las puertas sagradas, incluyendo a Calístenes, que había huido a una casita. Así recibieron el justo castigo por su impiedad.

34 El tres veces maldito Nicanor, que había traído a los mil mercaderes para comprar a los judíos como esclavos,

35 siendo humillado, con la ayuda del Señor, por aquellos que a sus ojos eran considerados de la menor importancia, se despojó de sus gloriosos ropajes y, atravesando el país, evitando toda compañía como un esclavo fugitivo, llegó a Antioquía, habiendo tenido, según él, la mayor buena fortuna posible, a pesar de que su ejército fue destruido.

36 El que se había propuesto asegurar el tributo para los romanos mediante la cautividad de los hombres de Jerusalén, pregonó por todas partes que los judíos tenían a Uno que luchaba por ellos, y que debido a esto, los judíos eran invulnerables, porque seguían las leyes ordenadas por él.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 9

✦

1 Por aquel tiempo, Antíoco se batió en retirada en desorden desde la región de Persia.

2 Pues había entrado en la ciudad llamada Persépolis, y había intentado robar un templo y controlar la ciudad. Por ello, las multitudes acudieron y los habitantes de la región se volvieron para defenderse con las armas; y aconteció que Antíoco fue puesto en fuga por la gente de la región y levantó su campamento con gran vergüenza.

3 Mientras estaba en Ecbatana, le llegaron noticias de lo que les había ocurrido a Nicanor y a las fuerzas de Timoteo.

4 Vencido por la ira, planeó hacer sufrir a los judíos por las malas acciones de aquellos que lo habían puesto en fuga. Por tanto, mientras el juicio del cielo ya le acompañaba, ordenó a su auriga que condujera sin cesar hasta terminar el viaje; pues con arrogancia decía esto: «Haré de Jerusalén un cementerio común de judíos en cuanto llegue allí».

5 Pero el Señor que todo lo ve, el Dios de Israel, lo hirió con un golpe fatal e invisible. Tan pronto como hubo terminado de pronunciar esta palabra, se apoderó de él un dolor incurable en las entrañas, con amargos tormentos en sus partes internas.

6 Y esto muy justamente, pues él había atormentado las entrañas de otros hombres con muchos y extraños sufrimientos.

7 Pero de ninguna manera cesó en su grosera insolencia. Al contrario, se llenó de aún mayor arrogancia, respirando fuego en su pasión contra los judíos y dando órdenes de acelerar el viaje. Pero sucedió que cayó de su carro mientras este iba a toda velocidad, y sufriendo una grave caída, todos los miembros de su cuerpo fueron torturados.

8 El que poco antes se creía capaz de mandar sobre las olas del mar, por ser tan sobrehumanamente arrogante, y que pensaba pesar las alturas de las montañas en una balanza, ahora era derribado a tierra y llevado en una litera, mostrando a todos que el poder era evidentemente de Dios,

9 de modo que del cuerpo de aquel hombre impío brotaban gusanos, y mientras aún vivía entre angustias y dolores, su carne se caía, y por causa de la fetidez todo el ejército se apartó con asco de su putrefacción.

10 Y a aquel hombre que poco antes creía tocar las estrellas del cielo, nadie podía soportar llevarlo debido a su intolerable hedor.

11 Por tanto, comenzó en gran parte a ceder en su arrogancia, con el espíritu quebrantado, y a entrar en razón bajo el azote de Dios, aumentando sus dolores a cada momento.

12 Cuando ni él mismo podía soportar su propio olor, pronunció estas palabras: «Es justo someterse a Dios, y el que es mortal no debe pensar que es igual a Dios».

13 El hombre vil hizo votos al Señor Soberano, quien ya no tendría más piedad de él, diciendo

14 que a la ciudad santa, a la cual iba apresuradamente para arrasarla hasta el suelo y convertirla en un cementerio común, la declararía libre.

15 En cuanto a los judíos, a quienes había decidido ni siquiera considerar dignos de sepultura, sino arrojarlos a las fieras con sus niños para que las aves los devoraran, los haría a todos iguales a los ciudadanos de Atenas.

16 Al santuario sagrado, que antes había saqueado, lo adornaría con las mejores ofrendas, restauraría todos los vasos sagrados multiplicados muchas veces, y de sus propios ingresos sufragaría los gastos necesarios para los sacrificios.

17 Además de todo esto, dijo que se haría judío y visitaría todo lugar habitado, proclamando el poder de Dios.

18 Pero como sus sufrimientos no cesaban de ninguna manera, porque el justo juicio de Dios había caído sobre él, habiendo perdido toda esperanza para sí mismo, escribió a los judíos la carta que se transcribe a continuación, en forma de súplica, con este contenido:

19 «A los dignos ciudadanos judíos, Antíoco, rey y general, desea mucho gozo, salud y prosperidad.

20 Que a vosotros y a vuestros hijos os vaya bien, y que vuestros asuntos sean como deseáis. Teniendo mi esperanza en el cielo,

21 he recordado con afecto vuestro honor y buena voluntad. Al regresar de la región de Persia, y habiendo contraído una molesta enfermedad, consideré necesario preocuparme por la seguridad común de todos,

22 no desesperando de mi situación, sino teniendo gran esperanza de escapar de la enfermedad.

23 Pero considerando que mi padre también, en la época en que dirigió un ejército hacia la región superior, nombró a su sucesor,

24 a fin de que, si ocurría algo contrario a lo esperado, o si llegaban noticias
desagradables, la gente del país, sabiendo a quién se había dejado el estado,
no se turbara;

25 y, además, observando cómo los príncipes que están en las fronteras y los
vecinos a mi reino buscan oportunidades y aguardan lo que pueda pasar,
he nombrado rey a mi hijo Antíoco, a quien muchas veces encomendé y re-
comendé a la mayoría de vosotros cuando me apresuraba a ir a las provin-
cias superiores. Le he escrito a él lo que se indica a continuación.

26 Por lo tanto, os insto y os ruego, recordando los beneficios que se os han
hecho en común y en particular, que cada uno de vosotros conserve su ac-
tual buena voluntad hacia mí y hacia mi hijo.

27 Pues estoy persuadido de que él, con gentileza y bondad, seguirá mi pro-
pósito y os tratará con moderación y amabilidad».

28 Así, el asesino y blasfemo, después de haber soportado los más intensos
sufrimientos, tal como él había tratado a otros hombres, terminó su vida
en los montes por un destino por demás lastimoso en tierra extranjera.

29 Su hermano de crianza, Filipo, se llevó el cuerpo a su tierra y luego, te-
miendo al hijo de Antíoco, se retiró a Egipto, junto a Ptolomeo Filométor.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 10

✦

1 Entonces el Macabeo y los que estaban con él, bajo la guía del Señor, recuperaron el templo y la ciudad.

2 Derribaron los altares que los extranjeros habían construido en la plaza del mercado, y también los recintos sagrados.

3 Habiendo purificado el santuario, construyeron otro altar para los sacrificios. Golpeando el pedernal y encendiendo un fuego, ofrecieron sacrificios después de haber cesado por dos años, quemaron incienso, encendieron las lámparas y expusieron los panes de la proposición.

4 Cuando hubieron hecho estas cosas, se postraron y rogaron al Señor que no volvieran a caer en tales males; sino que, si alguna vez pecaban, fueran disciplinados por él con clemencia, y no entregados a paganos blasfemos y bárbaros.

5 Y en el mismo día en que el santuario fue profanado por los extranjeros, en ese mismo día ocurrió que el santuario fue purificado, a saber, en el día veinticinco del mismo mes, que es Quisleu.

6 Observaron ocho días con alegría a la manera de la fiesta de los tabernáculos, recordando cómo no mucho antes, durante la fiesta de los tabernáculos, andaban errantes por las montañas y en las cuevas como bestias salvajes.

7 Por lo cual, llevando varas adornadas con hojas, ramas hermosas y también palmas, elevaron himnos de acción de gracias a aquel que había llevado a buen término la purificación de su propio lugar.

8 Ordenaron también, mediante un estatuto y decreto público, para toda la nación de los judíos, que debían observar estos días cada año.

9 Tales fueron los acontecimientos del final de Antíoco, que fue llamado Epífanes.

10 Ahora declararemos lo que aconteció bajo Antíoco Eupátor, quien demostró ser hijo de aquel hombre impío, y resumiremos los principales males de las guerras.

11 Pues este hombre, cuando sucedió en el reino, nombró a un tal Lisias canciller y gobernador supremo de Celesiria y Fenicia.

12 Porque Ptolomeo, que era llamado Macrón, dando ejemplo de observar la justicia hacia los judíos a causa del agravio que se les había hecho, procuró tratarlos en términos pacíficos.

13 Por lo cual, siendo acusado por los amigos del rey ante Eupátor, y escuchando en cada momento que se le llamaba traidor porque había abandonado Chipre (que Filométor le había confiado) y se había pasado al lado de Antíoco Epífanes, y al no poder mantener el honor de su cargo, tomó veneno y acabó con su vida.

14 Pero cuando Gorgias fue nombrado gobernador del distrito, mantuvo una fuerza de mercenarios y continuó en todo momento la guerra contra los judíos.

15 Junto con él, también los idumeos, que eran dueños de fortalezas importantes, hostigaban a los judíos; y acogiendo a los que habían huido de Jerusalén, se empeñaban en mantener la guerra.

16 Pero el Macabeo y sus hombres, después de hacer solemne súplica y de implorar a Dios que luchara a su lado, se lanzaron sobre las fortalezas de los idumeos.

17 Asaltándolas con vigor, tomaron el control de las posiciones, hicieron retroceder a todos los que combatían en el muro, y mataron a los que encontraron, dando muerte a no menos de veinte mil hombres.

18 Como no menos de nueve mil hombres habían huido a dos torres muy fuertes que contaban con todo lo necesario para resistir un asedio,

19 el Macabeo, habiendo dejado a Simón y a José, así como a Zaqueo y a los que estaban con él, como fuerza suficiente para sitiarlos, se dirigió a los lugares donde más se le necesitaba.

20 Pero Simón y los que estaban con él, cediendo a la avaricia, fueron sobornados por algunos de los que estaban en las torres y, recibiendo setenta mil dracmas, dejaron escapar a algunos de ellos.

21 Pero cuando le llegó la noticia al Macabeo de lo que se había hecho, reunió a los líderes del pueblo, y acusó a aquellos hombres de haber vendido a sus hermanos por dinero, al liberar a sus enemigos para que lucharan contra ellos.

22 Así que dio muerte a estos hombres por haberse convertido en traidores, e inmediatamente tomó posesión de las dos torres.

23 Teniendo éxito con las armas en todo lo que emprendía, destruyó a más de veinte mil hombres en ambas fortalezas.

24 Y Timoteo, que antes había sido derrotado por los judíos, habiendo reunido fuerzas extranjeras en gran multitud, y habiendo juntado la caballería perteneciente a Asia, que no era poca, vino como si fuera a tomar Judea por la fuerza de las armas.

25 Pero a medida que se acercaba, el Macabeo y sus hombres se echaron tierra sobre sus cabezas y se ciñeron los lomos con cilicio, en súplica a Dios,

26 y postrándose sobre los escalones frente al altar, le imploraron que se mostrara clemente con ellos, y que fuera enemigo de sus enemigos y adversario de sus adversarios, como lo declara la ley.

27 Levantándose de su oración, tomaron sus armas y avanzaron a cierta distancia de la ciudad. Cuando se acercaron a sus enemigos, se detuvieron.

28 Al despuntar el alba, los dos ejércitos trabaron batalla; los unos teniendo, además de la virtud, el haberse refugiado en el Señor como prenda de éxito y victoria; mientras que los otros tenían su propia pasión como guía en el combate.

29 Cuando la batalla se recrudeció, se aparecieron desde el cielo a sus adversarios cinco hombres espléndidos sobre caballos con bridas de oro, y dos de ellos, guiando a los judíos,

30 tomaron al Macabeo en medio de ellos y, cubriéndolo con sus propias armaduras, lo protegieron de toda herida, mientras arrojaban flechas y rayos a los enemigos. Por esta razón, estos quedaron cegados y sumidos en confusión, y fueron despedazados, llenos de desconcierto.

31 Veinte mil quinientos fueron muertos, además de seiscientos jinetes.

32 El propio Timoteo huyó a una fortaleza llamada Gazara, un baluarte de gran resistencia, donde Quereas estaba al mando.

33 Entonces el Macabeo y sus hombres se alegraron y sitiaron la fortaleza durante cuatro días.

34 Los que estaban dentro, confiando en la fuerza del lugar, blasfemaban sobremanera y proferían palabras impías.

35 Pero al amanecer del quinto día, ciertos jóvenes de la compañía del Macabeo, inflamados de cólera por las blasfemias, asaltaron el muro con fuerza varonil y con furia salvaje, y derribaron a cualquiera que se cruzara en su camino.

36 Otros, subiendo de la misma manera, mientras los enemigos estaban distraídos con los que se habían abierto paso adentro, prendieron fuego a las torres, y encendieron hogueras que quemaron vivos a los blasfemos; mientras que otros rompieron las puertas y, habiendo dado entrada al resto de la banda, ocuparon la ciudad.

37 Mataron a Timoteo, que estaba escondido en una cisterna, a su hermano Quereas y a Apolófanes.

38 Cuando hubieron concluido estas cosas, bendijeron al Señor con himnos y acciones de gracias, bendiciendo a aquel que provee de grandes beneficios a Israel y les da la victoria.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 11

✦

1 Poco tiempo después, Lisias, tutor, pariente del rey y canciller, estando
muy disgustado por las cosas que habían sucedido,

2 reunió a unos ochenta mil infantes y toda su caballería, y marchó contra
los judíos, planeando hacer de la ciudad una morada para los griegos,

3 imponer un tributo al templo, como en los demás lugares sagrados de las
naciones, y poner a la venta el sumo sacerdocio cada año.

4 No tuvo en cuenta el poder de Dios, sino que se envaneció con sus dece-
nas de miles de infantes, sus miles de jinetes y sus ochenta elefantes.

5 Entrando en Judea y acercándose a Bet-sur, que era un lugar fortificado a
unos cinco estadios de distancia de Jerusalén, la asedió duramente.

6 Cuando el Macabeo y sus hombres se enteraron de que estaba sitiando
las fortalezas, ellos y todo el pueblo, con lamentos y lágrimas, suplicaron al
Señor que enviara a un buen ángel para salvar a Israel.

7 El mismo Macabeo fue el primero en tomar las armas, y exhortó a los de-
más a ponerse en peligro junto con él y a ayudar a sus hermanos; y salieron
con él de muy buena gana.

8 Estando allí, cerca de Jerusalén, apareció a la cabeza de ellos un jinete ves-
tido de blanco, blandiendo armas de oro.

9 Todos juntos alabaron al Dios misericordioso, y cobraron aún más ánimo,
estando dispuestos a atacar no solo a hombres, sino a las bestias más feroces
y a muros de hierro.

10 Avanzaron en formación, teniendo de su lado a aquel que está en el cielo
para luchar por ellos, pues el Señor tuvo misericordia de ellos.

11 Lanzándose como leones contra el enemigo, mataron a once mil infantes
y mil seiscientos jinetes, y obligaron a todos los demás a huir.

12 La mayoría de ellos escaparon heridos y desnudos. El propio Lisias tam-
bién escapó mediante una vergonzosa huida.

13 Pero como era un hombre que no carecía de entendimiento, reflexio-
nando sobre la derrota que le había sobrevenido, y considerando que los
hebreos no podían ser vencidos porque el Dios Todopoderoso luchaba de
su lado, envió de nuevo mensajeros

14 y los persuadió a llegar a un acuerdo con la condición de que se recono-
cieran todos sus derechos, y prometió que también persuadiría al rey para
que se hiciera amigo de ellos.

15 El Macabeo dio su consentimiento a todas las condiciones que Lisias le
propuso, velando por el bien común; pues todo lo que el Macabeo entregó
por escrito a Lisias en favor de los judíos, el rey lo concedió.

16 La carta escrita a los judíos de parte de Lisias era del siguiente tenor:
«Lisias al pueblo de los judíos, saludos.

17 Juan y Absalón, que fueron enviados por vosotros, habiendo entregado
el documento escrito a continuación, hicieron una petición sobre las cosas
escritas en él.

18 Por lo tanto, declaré al rey todo aquello que debía ser presentado ante él,
y él concedió lo que era posible.

19 Si, pues, conserváis vuestra buena voluntad hacia el gobierno, yo tam-
bién procuraré en el futuro contribuir a vuestro bien.

20 En cuanto a esto, he dado órdenes detalladas, tanto a estos hombres
como a los que envío de mi parte, para que conversen con vosotros.

21 Que os vaya bien. Escrito en el año ciento cuarenta y ocho, el día veinti-
cuatro del mes Dioscorintio».

22 Y la carta del rey contenía estas palabras: «El rey Antíoco a su hermano
Lisias, saludos.

23 Puesto que nuestro padre ha pasado a los dioses con el deseo de que los
súbditos de su reino no sean molestados y puedan dedicarse al cuidado de
sus propios asuntos,

24 nosotros, habiendo oído que los judíos no consienten en el propósito de
nuestro padre de volverlos a las costumbres de los griegos, sino que prefie-
ren su propio modo de vida, y piden que se les permitan las costumbres de
su ley,

25 decidiendo, por tanto, que esta nación también debe estar libre de per-
turbaciones, determinamos que se les devuelva su templo, y que vivan de
acuerdo con las costumbres que existían en los días de sus antepasados.

26 Haréis bien, pues, en enviarles mensajeros y darles la diestra de amistad,
para que ellos, conociendo nuestra intención, cobren buen ánimo y se ocu-
pen alegremente de la administración de sus propios asuntos».

27 Y para la nación, la carta del rey fue la siguiente: «El rey Antíoco al senado de los judíos y a los demás judíos, saludos.

28 Si os encontráis bien, es nuestro deseo. Nosotros también gozamos de buena salud.

29 Menelao nos informó de que vuestro deseo era regresar a casa y atender vuestros propios asuntos.

30 Por tanto, aquellos que regresen a sus hogares hasta el trigésimo día del mes de Xántico contarán con nuestra amistad, con pleno permiso

31 para que los judíos consuman sus propios alimentos y observen sus propias leyes, como antes. Ninguno de ellos será molestado en modo alguno por las cosas que se hayan hecho por ignorancia.

32 Además, he enviado también a Menelao, para que os anime.

33 Que os vaya bien. Escrito en el año ciento cuarenta y ocho, el día quince del mes de Xántico».

34 Los romanos también les enviaron una carta con estas palabras: «Quinto Memmio y Tito Manio, embajadores de los romanos, al pueblo de los judíos, saludos.

35 Con respecto a las cosas que Lisias, pariente del rey, os concedió, nosotros también damos nuestro consentimiento.

36 Pero en cuanto a las cosas que él consideró que debían remitirse al rey, enviad a alguien con prontitud, después de haberlas considerado, para que podamos publicar los decretos que sean adecuados para vuestro caso; pues estamos en camino hacia Antioquía.

37 Por tanto, enviad a alguien a toda prisa, para que también nosotros sepamos cuál es vuestro parecer.

38 Que os vaya bien. Escrito en el año ciento cuarenta y ocho, el día quince de Xántico».

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 12

✦

1 Así pues, cuando se hubo hecho este acuerdo, Lisias partió hacia donde
estaba el rey, y los judíos se dedicaron a sus labores agrícolas.

2 Pero algunos de los gobernadores de distrito, Timoteo y Apolonio, hijo
de Geneo, y también Jerónimo y Demofonte, y además de ellos Nicanor,
gobernador de Chipre, no les permitían disfrutar de tranquilidad ni vivir
en paz.

3 Los hombres de Jope perpetraron esta gran impiedad: invitaron a los ju-
díos que vivían entre ellos a subir con sus mujeres e hijos a las barcas que
habían preparado, como si no tuvieran mala voluntad contra ellos.

4 Cuando los judíos, confiando en el decreto público de la ciudad, acepta-
ron la invitación, como hombres que deseaban vivir en paz y sin sospechar
nada, los llevaron mar adentro y ahogaron a no menos de doscientos de
ellos.

5 Al enterarse Judas de la crueldad cometida contra sus compatriotas, dio
órdenes a los hombres que estaban con él

6 e invocando a Dios, el Juez justo, marchó contra los asesinos de sus her-
manos, incendió el puerto de noche, quemó las barcas y pasó a espada a los
que se habían refugiado allí.

7 Pero como las puertas de la ciudad estaban cerradas, se retiró, con la in-
tención de volver de nuevo para extirpar a toda la comunidad de los hom-
bres de Jope.

8 Pero al enterarse de que los hombres de Jamnia pretendían hacer lo mismo a los judíos que vivían entre ellos,

9 atacó a los jamnitas de noche y prendió fuego al puerto junto con la flota, de modo que el resplandor del fuego se vio en Jerusalén, a doscientos cuarenta estadios de distancia.

10 Y cuando se habían alejado de allí nueve estadios, mientras marchaban contra Timoteo, un ejército de árabes le atacó, no menos de cinco mil infantes y quinientos jinetes.

11 Tras librarse una dura batalla, y habiendo tenido buen éxito Judas y su compañía con la ayuda de Dios, los nómadas, al ser vencidos, imploraron a Judas que les concediera la amistad, prometiéndole darle ganado y ayudar a su pueblo en todo lo demás.

12 Así que Judas, pensando que ciertamente serían de provecho en muchas cosas, accedió a vivir en paz con ellos; y tras recibir prendas de amistad, regresaron a sus tiendas.

13 Atacó también a cierta ciudad, fuerte y cercada con terraplenes y muros, y habitada por una multitud mixta de varias naciones. Su nombre era Caspín.

14 Los que estaban dentro, confiando en la fuerza de los muros y en sus provisiones, se comportaron groseramente con Judas y los que estaban con él, insultándolos y además blasfemando y profiriendo palabras impías.

15 Pero Judas y su compañía, invocando al gran Soberano del mundo, quien sin arietes ni ingeniosas máquinas de guerra derribó Jericó en los tiempos de Josué, se lanzaron con fiereza contra el muro.

16 Habiendo tomado la ciudad por la voluntad de Dios, hicieron una matanza inefable, de tal modo que el lago contiguo, que tenía dos estadios de ancho, parecía estar lleno del diluvio de sangre.

17 Cuando se hubieron alejado de allí setecientos cincuenta estadios, se dirigieron a Cárax, hacia los judíos que son llamados tubienos.

18 No encontraron a Timoteo en aquel distrito, pues para entonces se había marchado de allí sin lograr nada, aunque había dejado una guarnición muy fuerte en un lugar.

19 Pero Dositeo y Sosípatro, que eran capitanes bajo el mando del Macabeo, salieron y destruyeron a los que Timoteo había dejado en la fortaleza, más de diez mil hombres.

20 El Macabeo, disponiendo a su propio ejército en divisiones, puso a estos dos al mando de los grupos, y marchó a toda prisa contra Timoteo, quien tenía consigo ciento veinte mil infantes y dos mil quinientos jinetes.

21 Cuando Timoteo se enteró de la llegada de Judas, envió de inmediato a las mujeres y a los niños con el equipaje a la fortaleza llamada Carnión; porque el lugar era difícil de sitiar y de difícil acceso a causa de la estrechez de las aproximaciones por todos lados.

22 Al aparecer a la vista la tropa de Judas, que iba a la vanguardia, y al caer el terror y el miedo sobre el enemigo por la manifestación de aquel que todo lo ve sobre ellos, huyeron en todas direcciones, arrastrados de aquí para allá, de tal modo que a menudo eran heridos por sus propios hombres y atravesados con las puntas de sus propias espadas.

23 Judas continuó la persecución con mayor vigor, pasando a espada a los malvados miserables, y destruyó a unos treinta mil hombres.

24 El propio Timoteo, cayendo en manos de la tropa de Dositeo y Sosípatro, les imploró con gran astucia que lo dejaran marchar con vida, porque tenía en su poder a los padres de muchos de ellos y a los hermanos de otros. «De lo contrario —dijo— se mostrará poco respeto a estos».

25 Así que, cuando con muchas palabras hubo confirmado el acuerdo de devolverlos sin daño, lo dejaron ir para poder salvar a sus parientes.

26 Luego Judas, marchando contra Carnión y el templo de Atargatis, mató a veinticinco mil personas.

27 Después de haberlos puesto en fuga y destruido, marchó también contra Efrón, una ciudad fuerte, en la cual había multitudes de gentes de todas las naciones. Jóvenes robustos apostados en los muros hacían una vigorosa defensa. Allí había grandes reservas de máquinas de guerra y dardos.

28 Pero invocando al Soberano que con su poder hace añicos la fuerza de los enemigos, tomaron la ciudad en sus manos, y mataron a unos veinticinco mil de los que estaban en ella.

29 Partiendo de allí, marcharon a toda prisa contra Escitópolis, que se encuentra a seiscientos estadios de Jerusalén.

30 Pero cuando los judíos que estaban asentados allí dieron testimonio de la buena voluntad que los escitopolitanos les habían mostrado, y de su amable trato hacia ellos en tiempos de infortunio,

31 les dieron las gracias y, además, los exhortaron a seguir estando bien dispuestos hacia la raza en el futuro. Luego subieron a Jerusalén, por estar cerca la fiesta de las Semanas.

32 Pero después de la fiesta llamada Pentecostés, marcharon a toda prisa contra Gorgias, gobernador de Idumea.

33 Este salió con tres mil infantes y cuatrocientos jinetes.

34 Cuando se hubieron puesto en formación, sucedió que cayeron unos pocos judíos.

35 Un tal Dositeo, uno de la compañía de Bacenor, que iba a caballo y era un hombre fuerte, apretó duramente a Gorgias, y asiendo su manto, lo arrastraba con fuerza principal. Mientras planeaba tomar vivo a aquel hombre maldito, uno de los jinetes tracios se abalanzó sobre él y le inutilizó el hombro, de modo que Gorgias escapó a Marisa.

36 Como los que estaban con Esdrias llevaban luchando mucho tiempo y estaban fatigados, Judas clamó al Señor para que se manifestara, luchando a su lado y liderando la batalla.

37 Entonces, en el idioma de sus antepasados, elevó el grito de guerra acompañado de himnos. Acto seguido, se abalanzó contra las tropas de Gorgias cuando no lo esperaban, y los puso en fuga.

38 Judas reunió a su ejército y llegó a la ciudad de Adulam. Como se acercaba el séptimo día, se purificaron según la costumbre y guardaron allí el sábado.

39 Al día siguiente, cuando se hizo necesario, Judas y su compañía fueron a recoger los cuerpos de los caídos, y en compañía de sus parientes llevarlos de vuelta a los sepulcros de sus antepasados.

40 Pero bajo las vestiduras de cada uno de los muertos encontraron amuletos consagrados de los ídolos de Jamnia, cosas con las que la ley prohíbe a los judíos tener cualquier relación. Así que se hizo evidente para todos que por esta causa habían caído.

41 Todos, pues, bendiciendo los caminos del Señor, el Juez justo, que saca a la luz las cosas que están ocultas,

42 se volvieron a la súplica, orando para que el pecado cometido fuera borrado por completo. El noble Judas exhortó a la multitud a guardarse del pecado, porque habían visto con sus propios ojos lo sucedido a causa del pecado de los que habían caído.

43 Después de haber hecho una colecta, hombre por hombre, por la suma de dos mil dracmas de plata, la envió a Jerusalén para ofrecer un sacrificio por el pecado, haciendo en esto algo muy bueno y honorable, al tomar en cuenta la resurrección.

44 Porque si él no hubiera esperado que los caídos resucitaran, habría sido superfluo y ocioso orar por los muertos.

45 Pero si tenía en mente que a los que mueren en piedad les aguarda un honorable memorial de gratitud, entonces el pensamiento era santo y piadoso. Por lo tanto, hizo el sacrificio expiatorio por los que habían muerto, para que fuesen absueltos de su pecado.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 13

1 En el año ciento cuarenta y nueve, se le informó a Judas y a su compañía de que Antíoco Eupátor venía con multitudes contra Judea,

2 y con él Lisias, su tutor y canciller, teniendo cada uno una fuerza griega de ciento diez mil infantes, cinco mil trescientos jinetes, veintidós elefantes y trescientos carros armados con guadañas.

3 Menelao también se unió a ellos, y con gran hipocresía animaba a Antíoco, no por la salvación de su país, sino porque pensaba que se le pondría a cargo del gobierno.

4 Pero el Rey de reyes despertó la ira de Antíoco contra aquel perverso miserable. Cuando Lisias le informó de que este hombre era la causa de todos los males, el rey ordenó que lo llevaran a Berea y le dieran muerte de la manera acostumbrada en aquel lugar.

5 Hay en ese lugar una torre de cincuenta codos de altura, llena de ceniza, y tenía a su alrededor un borde circular que se inclinaba precipitadamente por todos lados hacia la ceniza.

6 Allí, al que es culpable de sacrilegio o notorio por otros crímenes, se le empuja hacia la destrucción.

7 Por un destino tal, sucedió que murió Menelao, el transgresor de la ley, sin obtener siquiera una tumba en la tierra, y esto con justicia;

8 pues, dado que había perpetrado muchos pecados contra el altar, cuyo fuego y cuyas cenizas eran santos, recibió su muerte en la ceniza.

9 Ahora bien, el rey, enfurecido en su espíritu, venía con la intención de infligir a los judíos los peores de los sufrimientos que se habían padecido en tiempos de su padre.

10 Pero cuando Judas se enteró de estas cosas, ordenó a la multitud que invocara al Señor de día y de noche, para que, si alguna vez los había ayudado, lo hiciera ahora con aquellos que estaban a punto de ser privados de la ley, de su país y del templo santo,

11 y para que no permitiera que el pueblo, que apenas comenzaba a revivir, cayera en manos de aquellos paganos profanos.

12 Así que, cuando todos hubieron hecho lo mismo a una, rogando al Señor misericordioso con llanto, ayunos y postraciones durante tres días sin cesar, Judas los exhortó y les ordenó que se unieran a él.

13 Tras consultar en privado con los ancianos, resolvió que, antes de que el ejército del rey entrara en Judea y se hiciera dueño de la ciudad, debían salir y zanjar el asunto con la ayuda de Dios.

14 Y encomendando la decisión al Señor del mundo, y exhortando a los que estaban con él a contender valientemente, incluso hasta la muerte, por las leyes, el templo, la ciudad, el país y su modo de vida, asentó su campamento junto a Modín.

15 Dio a sus hombres el santo y seña: «LA VICTORIA ES DE DIOS», y con una fuerza escogida de los jóvenes más valientes, atacó el pabellón del rey durante la noche, matando de su ejército hasta dos mil hombres, y abatió al elefante principal con el hombre que iba en la torre sobre él.

16 Al final llenaron el ejército de terror y alarma, y partieron con gran éxito.

17 Esto se había logrado cuando apenas despuntaba el día, gracias a la protección del Señor que dio ayuda a Judas.

18 Pero el rey, habiendo probado la extrema audacia de los judíos, realizó ataques estratégicos sobre sus posiciones,

19 y sobre una fuerte fortaleza de los judíos en Bet-sur. Avanzó, fue obligado a retroceder, fracasó y fue derrotado.

20 Judas envió las cosas necesarias a los que estaban dentro.

21 Pero Rodoco, de las filas judías, reveló secretos al enemigo. Fue buscado, arrestado y encerrado en prisión.

22 El rey negoció con los de Bet-sur por segunda vez, dio su mano, tomó las de ellos, partió, atacó a las fuerzas de Judas y llevó la peor parte.

23 Oyó que Filipo, a quien había dejado como canciller en Antioquía, se había vuelto temerario; quedó desconcertado, hizo a los judíos una oferta de paz, se sometió y juró reconocer todos sus derechos, llegó a un acuerdo con ellos y ofreció un sacrificio, honró el santuario y el lugar,

24 mostró bondad y recibió amablemente al Macabeo, dejó a Hegemónides como gobernador desde Tolemaida hasta los gerrenos,

25 y llegó a Tolemaida. Los hombres de Tolemaida estaban disgustados con el tratado, pues tenían una indignación sumamente grande contra los judíos. Deseaban anular los artículos del acuerdo.

26 Lisias se adelantó para hablar, hizo la mejor defensa posible, persuadió, pacificó, se ganó su buena voluntad, y partió hacia Antioquía. Este fue el resultado del ataque y la partida del rey.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 14

✦

1 Tres años más tarde, le llegaron noticias a Judas y a su compañía de que Demetrio, hijo de Seleuco, habiendo navegado hasta el puerto de Trípoli con un poderoso ejército y una flota,

2 había tomado posesión del país, tras acabar con Antíoco y su tutor Lisias.

3 Pero un tal Alcimo, que anteriormente había sido sumo sacerdote y se había contaminado voluntariamente en los tiempos en que no había mezcla con los gentiles, considerando que no le quedaba salvación de ninguna manera, ni más acceso al santo altar,

4 acudió al rey Demetrio alrededor del año ciento cincuenta y uno, presentándole una corona de oro y una palma, y junto con esto, algunas de las ramas de olivo festivas del templo. Por aquel día, guardó silencio;

5 pero habiendo obtenido la oportunidad para llevar adelante su propia locura, al ser llamado por Demetrio a una reunión de su consejo, y preguntársele cómo se encontraban los judíos y cuáles eran sus intenciones, él respondió:

6 «Aquellos de los judíos llamados jasidim, cuyo líder es Judas Macabeo, mantienen la guerra y son sediciosos, no permitiendo que el reino halle tranquilidad.

7 Por lo tanto, habiendo dejado de lado mi gloria ancestral —me refiero al sumo sacerdocio— he venido aquí ahora,

8 primero por el genuino interés que tengo por las cosas que conciernen al rey, y en segundo lugar porque también tengo en consideración a mis propios conciudadanos. Pues por las acciones imprudentes de aquellos de quienes hablé antes, toda nuestra raza se halla en no pequeña desgracia.

9 Oh rey, habiéndote informado de estas cosas, toma en consideración tanto a nuestro país como a nuestro linaje, que se encuentra rodeado de enemigos, de acuerdo con la bondad y clemencia con que recibes a todos.

10 Porque mientras Judas permanezca con vida, es imposible que el gobierno encuentre paz».

11 Cuando hubo pronunciado tales palabras, de inmediato el resto de los amigos del rey, abrigando mala voluntad contra Judas, inflamaron aún más a Demetrio.

12 Él designó inmediatamente a Nicanor, que había sido maestre de los elefantes, y lo hizo gobernador de Judea. Lo envió,

13 dándole instrucciones escritas de matar al propio Judas, de dispersar a los que estaban con él, y de establecer a Alcimo como sumo sacerdote del gran templo.

14 Aquellos en Judea que habían empujado a Judas al exilio acudieron en masa a Nicanor, suponiendo que los infortunios y calamidades de los judíos serían para ellos victorias.

15 Pero cuando los judíos oyeron del avance de Nicanor y del asalto de los paganos, se echaron tierra sobre la cabeza y elevaron solemnes oraciones a aquel que había establecido a su propio pueblo para siempre, y que siem-

pre, manifestando su presencia, sostiene a los que son de su propia heredad.

16 Una vez que el líder hubo dado las órdenes, partió de inmediato de allí y trabó batalla con ellos en una aldea llamada Desau.

17 Pero Simón, hermano de Judas, se había enfrentado a Nicanor, aunque no hasta tarde, habiéndose retrasado debido a la repentina consternación causada por sus adversarios.

18 Sin embargo, Nicanor, enterado del valor de los que estaban con Judas, y de su coraje al luchar por su país, tuvo recelo de llevar el asunto a la decisión de la espada.

19 Por tanto envió a Posidonio, a Teodoto y a Matatías a dar y recibir garantías de amistad.

20 Así que, una vez que estas propuestas fueron consideradas largamente, y el líder las hubo dado a conocer a las tropas, y habiendo parecido que todos eran del mismo sentir, consintieron en los pactos.

21 Señalaron un día en el cual debían reunirse a solas. Avanzó un carro de cada ejército. Dispusieron asientos de honor.

22 Judas apostó a hombres armados y listos en lugares convenientes, para evitar que hubiera de repente alguna traición por parte del enemigo. Celebraron una conferencia de la manera apropiada.

23 Nicanor permaneció en Jerusalén, y no hizo nada que causara alboroto, sino que despidió a las multitudes de personas que se habían reunido.

24 Mantuvo a Judas siempre en su presencia. Había llegado a sentir un profundo afecto por el hombre.

25 Lo instó a casarse y a tener hijos. Se casó, se estableció tranquilamente y participó de la vida en común.

26 Pero Alcimo, al percibir la buena voluntad que había entre ellos, y habiéndose apoderado de los pactos que se habían acordado, acudió a Demetrio y le dijo que Nicanor era desleal al gobierno, pues había nombrado a ese conspirador contra su reino, a Judas, para ser su sucesor.

27 El rey, cayendo en cólera, y exasperado por las falsas acusaciones de aquel hombre tan perverso, escribió a Nicanor, indicándole que estaba disgustado con los pactos, y ordenándole que enviara al Macabeo como prisionero a Antioquía con toda prisa.

28 Cuando este mensaje llegó a Nicanor, quedó desconcertado, y se perturbó mucho ante la idea de anular los artículos que se habían acordado, dado que el hombre no había cometido mal alguno;

29 pero como no se podía oponer al rey, aguardó el momento para ejecutar este propósito mediante una estratagema.

30 Pero el Macabeo, al darse cuenta de que Nicanor se comportaba más duramente en sus tratos con él, y que había adoptado un aire de autoridad en su trato habitual, comprendiendo que esta dureza no auguraba nada bueno, reunió a un buen número de sus hombres y se ocultó de Nicanor.

31 Pero el otro, cuando se percató de que había sido valientemente vencido por la estrategia de Judas, llegó al gran y santo templo, mientras los sacerdotes ofrecían los sacrificios habituales, y les ordenó entregar al hombre.

32 Al declarar ellos con juramentos que no sabían dónde estaba el hombre al que buscaba,

33 él extendió su mano derecha hacia el santuario y juró con este juramento: «Si no me entregáis a Judas como prisionero, arrasaré hasta el suelo este templo de Dios, derribaré el altar, y erigiré aquí un templo a Dioniso para que todos lo vean».

34 Y habiendo dicho esto, se marchó. Pero los sacerdotes, extendiendo sus manos hacia el cielo, clamaron a aquel que siempre lucha por nuestra nación, con estas palabras:

35 «Tú, oh Señor del universo, que por ti mismo no tienes necesidad de nada, te complaciste en que se estableciera un santuario como tu morada entre nosotros.

36 Así que ahora, oh Señor santo de toda santidad, mantén por siempre incontaminada esta casa que ha sido purificada recientemente».

37 Pero llegó a Nicanor una acusación contra un tal Razis, un anciano de Jerusalén, que amaba a sus compatriotas y era un hombre de muy buena reputación, y a quien, por su bondad, llamaban Padre de los judíos.

38 Pues en tiempos pasados, cuando no había mezcla con los gentiles, había sido acusado de seguir la religión de los judíos, y había arriesgado el cuerpo y la vida con todo empeño por la religión de los judíos.

39 Nicanor, queriendo dejar en evidencia la mala voluntad que abrigaba contra los judíos, envió a más de quinientos soldados para apresarlo;

40 pues pensaba que apresándolo les infligiría a ellos un gran daño.

41 Pero cuando las tropas estaban a punto de tomar la torre, y forzaban la puerta del patio, y pedían fuego para quemar las puertas, él, viéndose rodeado por todos lados, se arrojó sobre su propia espada,

42 prefiriendo morir con nobleza antes que caer en manos de los perversos canallas y sufrir ultrajes indignos de su propia nobleza.

43 Pero como falló el golpe a causa de la agitación de la lucha, y las multitudes ya irrumpían por la puerta, corrió valientemente hacia el muro y se arrojó valientemente sobre las multitudes.

44 Pero como ellos retrocedieron rápidamente, se hizo un hueco, y él cayó de costado en medio del espacio.

45 Teniendo aún aliento dentro de sí, e inflamado de ira, se levantó, y aunque su sangre brotaba a raudales y sus heridas eran graves, corrió a través de las multitudes y, subiéndose a una roca escarpada,

46 cuando ya casi se había quedado sin sangre, se sacó las entrañas por la herida y, tomándolas con ambas manos, las arrojó contra las multitudes. Invocando a aquel que es el Señor de la vida y del espíritu para que se las restituyera de nuevo, así murió.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

CAPÍTULO 15

✦

1 Nicanor, al enterarse de que Judas y su compañía estaban en la región de Samaria, resolvió atacarlos con total seguridad en el día de descanso.

2 Cuando los judíos que se veían obligados a seguirle le dijeron: «No destruyas de forma tan salvaje y bárbara, sino da la debida gloria al día que aquel que lo ve todo ha honrado y santificado por encima de los demás días».

3 Entonces el miserable, tres veces maldito, preguntó si acaso había un Soberano en el cielo que hubiera ordenado guardar el día de sábado.

4 Ellos declararon: «Existe el Señor, que vive él mismo como Soberano en el cielo, quien nos mandó observar el séptimo día».

5 Él replicó: «Yo también soy soberano en la tierra, quien os manda tomar las armas y ejecutar los asuntos del rey». Sin embargo, no logró llevar a cabo su cruel plan.

6 Y Nicanor, en su absoluta jactancia y arrogancia, había decidido erigir un monumento de victoria total sobre Judas y todos los que estaban con él.

7 Pero el Macabeo seguía confiando sin cesar, con toda la esperanza de que obtendría ayuda del Señor.

8 Exhortó a su compañía a no temer el asalto de los paganos, sino que, recordando la ayuda que en tiempos pasados habían recibido a menudo del cielo, aguardaran también ahora la victoria que les vendría de parte del Todopoderoso,

9 y animándolos con la ley y los profetas, y recordándoles los conflictos que habían ganado, los llenó de mayor entusiasmo.

10 Y cuando hubo avivado su valor, les dio órdenes, señalándoles al mismo tiempo la falta de fe de los paganos y el quebrantamiento de sus juramentos.

11 Armando a cada uno de ellos, no tanto con la defensa segura de escudos y lanzas como con el aliento de buenas palabras, y además relatándoles un sueño digno de crédito, alegró en gran manera a todos.

12 La visión de aquel sueño fue esta: Onías, el que había sido sumo sacerdote, hombre noble y bueno, modesto en su porte, a la par que amable en su trato y de buen hablar, instruido desde niño en todo punto de virtud, oraba con las manos extendidas, invocando bendiciones sobre toda la comunidad de los judíos.

13 Luego vio aparecer a un hombre de venerable edad y de excelsa gloria, y la dignidad que lo rodeaba era maravillosa y muy majestuosa.

14 Onías habló y dijo: «Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por el pueblo y por la ciudad santa: Jeremías, el profeta de Dios».

15 Jeremías extendió su mano derecha y entregó a Judas una espada de oro, y al dársela, le dirigió estas palabras:

16 «Toma esta espada santa, don de Dios, con la cual abatirás a los adversarios».

17 Animados por las palabras de Judas, que eran nobles, eficaces, y capaces de incitar a la virtud y de infundir en las almas de los jóvenes el valor varonil, determinaron no hacer campaña, sino lanzarse noblemente sobre el

enemigo, y luchando cuerpo a cuerpo con todo su valor, llevar el asunto a una conclusión, porque la ciudad, el santuario y el templo estaban en peligro.

18 Porque su temor por sus mujeres e hijos, y además por su familia y parientes, era de menor importancia para ellos; pero su mayor y principal temor era por el santuario consagrado.

19 También los que estaban encerrados en la ciudad se encontraban en no poca angustia, estando turbados por el enfrentamiento a campo abierto.

20 Cuando ya todos aguardaban el desenlace, el enemigo se había lanzado a la batalla, el ejército se había formado en línea de combate, los elefantes habían sido llevados a una posición conveniente y la caballería se había desplegado en los flancos,

21 el Macabeo, al percibir la presencia de las tropas, las diversas armas con las que estaban equipados y la ferocidad de los elefantes, alzó las manos al cielo e invocó al Señor que hace maravillas, sabiendo que el éxito no viene por las armas, sino que, según el Señor juzga, él da la victoria a los que son dignos.

22 Y clamando a Dios, dijo esto: «Tú, oh Señor Soberano, enviaste a tu ángel en tiempos del rey Ezequías de Judea, y él mató del ejército de Senaquerib hasta ciento ochenta y cinco mil hombres.

23 Así que también ahora, oh Soberano de los cielos, envía a un buen ángel delante de nosotros para infundir terror y temblor.

24 Que por la grandeza de tu brazo queden sobrecogidos de espanto aquellos que con blasfemias han venido hasta aquí contra tu pueblo santo». Al terminar de pronunciar estas palabras,

25 Nicanor y su compañía avanzaron al son de trompetas y cánticos de victoria;

26 pero Judas y su compañía trabaron batalla con el enemigo en medio de invocaciones y oraciones.

27 Luchando con sus manos y orando a Dios con sus corazones, mataron a no menos de treinta y cinco mil hombres, regocijándose en gran manera por la manifestación de Dios.

28 Cuando terminó el combate y regresaban llenos de gozo, reconocieron a Nicanor yaciendo muerto con su armadura completa.

29 Hubo entonces aclamaciones y júbilo, y bendijeron al Señor Soberano en el idioma de sus antepasados.

30 El que en todo tiempo, en cuerpo y alma, fue el principal defensor de sus conciudadanos, el que mantuvo durante toda su vida la buena voluntad de su juventud hacia sus compatriotas, ordenó que cortaran la cabeza de Nicanor junto con su mano y brazo, y que las llevaran a Jerusalén.

31 Al llegar allí, convocó a sus compatriotas, puso a los sacerdotes ante el altar y mandó a llamar a los que estaban en la ciudadela.

32 Mostrando la cabeza del vil Nicanor y la mano de aquel hombre profano, que con jactancia soberbia había extendido contra la santa casa del Todopoderoso,

33 y cortándole la lengua al impío Nicanor, ordenó que se le diera en pedazos a los pájaros, y que colgaran estas recompensas de su locura cerca del santuario.

34 Y todos, alzando la vista al cielo, bendijeron al Señor que se había manifestado, diciendo: «¡Bendito sea el que ha conservado su propio lugar incontaminado!»

35 Colgó la cabeza y el hombro de Nicanor en la ciudadela, como una señal clara y evidente para todos de la ayuda del Señor.

36 Todos decretaron de común acuerdo que de ninguna manera se debía dejar pasar este día sin distinguirlo, sino conmemorar con honor el día trece del mes duodécimo (llamado Adar en el idioma sirio), la víspera del día de Mardoqueo.

37 Habiendo sido, pues, este el relato del intento de Nicanor, y habiendo estado la ciudad desde aquellos tiempos en poder de los hebreos, yo también pondré aquí fin a mi libro.

38 Si he escrito bien y al punto en mi narración, eso es lo que yo deseaba; pero si está pobremente hecho y es mediocre, es lo mejor que he podido hacer.

39 Porque así como es desagradable beber vino solo y de igual manera beber agua sola, mientras que la mezcla de vino con agua da enseguida pleno deleite al paladar; así también la elegancia del lenguaje deleita los oídos de quienes leen la historia. Y aquí está el final.

Une Sacra · edición 1.5 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0